

Realidad en movimiento

*Octavio Paz, el ensayista
y el intelectual público*

MAARTEN VAN DELDEN

Índice

Introducción.....	11
1. Rebeldes.....	21
2. Revoluciones	37
3. México y Estados Unidos.....	59
4. La India	75
5. Psicoanálisis.....	93
6. Feminismo	115
7. Izquierda	135
8. Conservadurismo.....	157
9. Teoría de la poesía	173
10. Artes plásticas	191
11. Octavio Paz, personaje literario.....	205
Notas.....	241
Bibliografía	283

Introducción

Octavio Paz (1914-1998) fue un gigante de la literatura mexicana. Su vasta obra poética, que incluye libros fundamentales de la poesía en lengua española, entre los cuales cabe mencionar *Libertad bajo palabra* (1949), *Ladera este* (1967) y *Vuelta* (1976), destaca por su profundidad, su poder de innovación y su intenso diálogo con distintas corrientes de la literatura occidental, como el romanticismo, el simbolismo y las vanguardias. Sus ensayos cubren una amplísima gama de temas: el arte prehispánico, la identidad nacional mexicana, la política internacional de la segunda mitad del siglo XX, las reformas económicas, las tradiciones religiosas asiáticas, la poesía vanguardista, la antropología estructural, el socialismo utópico, el erotismo, el psicoanálisis, el pensamiento marxista, la pintura mexicana, la teoría de la poesía, la teoría de la traducción. Paz se sentía igualmente a gusto escribiendo desde una perspectiva de gran alcance sobre temas como la modernidad y la historia mexicana que produciendo íntimos y detallados retratos de las muchas personas destacadas —sobre todo del mundo de la literatura y las artes— que conoció en el transcurso de su larga carrera, muy activa y variada. Combinaba un profundo conocimiento de la historia y la cultura mexicanas —expresada, por ejemplo, en *El laberinto de la soledad* (1950), que aún hoy es la interpretación más duradera del carácter mexicano— con una visión extraordinariamente cosmopolita, la cual incluía no sólo gran parte de la tradición occidental, como se observa en *Los hijos del limo* (1974) —una historia de la poesía moderna de una amplitud sin igual—, sino también otras civilizaciones, de forma notable las asiáticas.

Paz participó en importantes debates políticos, sobre todo en México pero también en otros países, desde los años treinta del siglo XX hasta los noventa. Cuando tenía apenas 23 años, sus poemas llamaron la atención de Pablo Neruda, quien en 1937 lo invitó a participar en un congreso de escritores antifascistas en Valencia, en plena Guerra Civil española.¹ Del viaje a España, Paz aprendió el valor de la solidaridad para enfrentar el fascismo, pero también descubrió los peligros del dogmatismo y la intolerancia. Los escritores que asistieron al congreso se unieron en la oposición a los rebeldes franquistas que se habían sublevado en contra del gobierno español democráticamente elegido, a la vez que expresaron, en su

gran mayoría, su repudio al escritor francés André Gide, quien había tenido el atrevimiento de criticar a la Unión Soviética después de hacer una visita a ese país comunista. Para el joven poeta mexicano, los ataques a Gide fueron el comienzo de un largo proceso de desencantamiento respecto de un importante sector de la izquierda, corriente política con la cual se había sentido identificado desde temprana edad. Un episodio clave en este proceso tuvo lugar cuando Paz vivía en París a finales de los años cuarenta y se involucró en una polémica en torno a los campos de concentración soviéticos. En un artículo publicado en la prensa francesa en noviembre de 1949, el escritor y activista David Rousset había denunciado la existencia en la Unión Soviética de una vasta red de campos de trabajos forzados. A pesar de que Rousset, como sobreviviente de los campos de concentración nazis, poseía una autoridad indiscutible para hablar del tema, los principales intelectuales de la izquierda de esa época, entre otros Jean-Paul Sartre, decidieron denunciar no a la Unión Soviética, sino a Rousset.² Paz se alineó con este último, publicando un artículo con extensa documentación sobre la controversia en la revista argentina *Sur*.³ El apoyo que le brindó a Rousset aisló al poeta en el mundo intelectual mexicano.

Al mismo tiempo que participaba en disputas públicas sobre asuntos políticos y culturales, Paz trabajó con esmero en el servicio diplomático mexicano, ocupando puestos en París, Nueva Delhi y Tokio. Como parte de su trabajo, produjo una serie de análisis sumamente razonados y generalmente favorables de las políticas del régimen posrevolucionario mexicano, sobre todo en el ámbito económico.⁴ No obstante, su carrera como diplomático llegó a su fin en octubre de 1968 a raíz de la matanza de Tlatelolco, que provocó su renuncia como embajador de México en la India, cargo que había ocupado desde 1962. Antes de regresar a su país en 1971, Paz ocupó puestos en distintas universidades británicas y estadounidenses. De regreso en México, fundó la revista *Plural*, con lo cual se inició una época de intensa participación en la vida intelectual mexicana, que duraría hasta su fallecimiento en 1998. El poeta se convirtió poco a poco en un tenaz defensor de la democracia y de la economía de mercado, y en un fuerte crítico de los regímenes comunistas en distintas partes del mundo. A pesar de que nunca abandonó la vena anticapitalista de su pensamiento, sus posturas en materia política y económica provocaron muchas críticas entre sus colegas intelectuales, predominantemente de izquierda en su orientación política, lo cual resultó en frecuentes y apasionadas polémicas entre el poeta y sus antagonistas. En resumen, du-

rante gran parte de su carrera, Paz se situó en el centro de los debates políticos y culturales de su época.

Paz se mantuvo siempre alerta a las corrientes culturales y filosóficas del momento, y a lo largo de su carrera respondió con gran interés a las nuevas ideas, los modos de expresión y los sistemas de pensamiento que surgían en el entorno intelectual. En los años treinta, como joven poeta que buscaba una identidad literaria, sintió atracción por dos visiones contrastantes del papel de la poesía en la sociedad: por un lado, el llamado a escribir una poesía comprometida y, por otro, la búsqueda de una poesía pura y autónoma, distante de cualquier preocupación no poética. En la segunda mitad de los años cuarenta, cuando residía en París, se acercó al movimiento surrealista y desarrolló una relación muy cercana con su líder, André Breton. A pesar de que rechazaba ciertas ideas surrealistas en torno a la escritura, en particular el ejercicio de la escritura automática, Paz se convirtió en un decidido defensor del surrealismo como actitud espiritual, celebrando por encima de todo la visión utópica de la transformación del mundo por medio de la poesía. Al mismo tiempo, el escritor mexicano había empezado a interesarse en la filosofía existencialista y sus lecturas de Heidegger dejaron una indiscutible impronta en su pensamiento en torno a la existencia y la naturaleza del ser, que desarrolló en *El arco y la lira* (1956) y otros libros.

En los ensayos de Paz de los años sesenta también confluye una multiplicidad de corrientes culturales de la época. Los años que vivió en la India le dieron una perspectiva única desde la cual participar en la crítica de Occidente que atravesó los debates intelectuales de esos años. El poeta mexicano se interesó en particular en cuestionar la ideología del progreso y en algunos de sus escritos uno reconoce el surgimiento de una conciencia ecologista. Al mismo tiempo, mantuvo su intenso diálogo con figuras clave de la tradición filosófica occidental, como Marx, Nietzsche y Freud, y se acercó a la última corriente intelectual que provenía de París, el estructuralismo, en particular la antropología estructuralista. Paz había sido desde temprano un defensor de las vanguardias artísticas, a las que se refería como “la tradición de la ruptura” en la literatura occidental; no obstante, en los años sesenta empezó a preguntarse si las vanguardias no habían terminado por socavarse a sí mismas, volviéndose predecibles en vez de revolucionarias. En esos mismos años, se volvió más y más escéptico respecto de ciertas corrientes supuestamente críticas en el pensamiento occidental, sobre todo el marxismo, y comenzó a manifestar un mayor interés en el pensamiento liberal y los puntos

de vista antiestatistas. La reaparición del nacionalismo y el fundamentalismo religioso también provocaron numerosas reflexiones de su parte, pues se había interesado en los temas de la identidad cultural y la religión desde el inicio de su carrera literaria. En breve, si hubo alguna vez alguien que se ajustara a la definición del escritor como alguien “interesado en todo”, como propuso alguna vez Susan Sontag, esa persona tendría que ser Octavio Paz. Leer al ensayista mexicano es sumergirse en toda una época de la historia intelectual y cultural, mexicana y mundial.

Para Paz, la literatura no surgió de una situación de aislamiento; al contrario, formaba parte de un constante diálogo con otros escritores. La interacción de Paz con las corrientes intelectuales de su época fue a la vez una conversación con personas concretas del mundo literario. Tuvo una relación cercana con el grupo de los Contemporáneos en la Ciudad de México, en los años treinta, sobre todo con Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta; se hizo amigo de André Breton, Albert Camus y muchos otros escritores e intelectuales en París, en la segunda mitad de los años cuarenta y principios de los cincuenta; mantuvo extensas correspondencias con numerosas figuras destacadas del mundo literario mexicano, como Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, José Luis Martínez y Tomás Segovia, y, en el último cuarto de siglo de su vida, fundó y dirigió dos importantes revistas culturales, *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998), alrededor de las cuales reunió a un grupo de escritores que desempeñarían papeles clave en la vida cultural mexicana de las siguientes décadas.⁵ En los años setenta, Paz fue por varios años profesor visitante en la Universidad de Harvard, lo cual le permitió entablar fructíferos diálogos con prominentes intelectuales de la costa este de Estados Unidos, como John Kenneth Galbraith, Irving Howe, Susan Sontag y Daniel Bell, cuyos trabajos publicó en sus revistas. También abrió las páginas de *Plural* y *Vuelta* a un gran número de escritores de distintas partes de América Latina, entre ellos autores cubanos del exilio como Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy, otros cercanos a la revista *Sur* como José Bianco y Jorge Luis Borges, y destacados pensadores liberales como Mario Vargas Llosa. Paz siempre sostuvo, además, un intenso diálogo con Francia, país al que veía, igual que muchos otros escritores latinoamericanos de los siglos XIX y XX, como una segunda patria.⁶ En resumen, se situó en medio de una amplia red cultural, que incluía a escritores de muchísimos países.

La obra de Paz influyó en muchos otros escritores, sobre todo en México. Carlos Fuentes, quizás el más importante narrador mexicano del siglo XX, no puede ser entendido sin tomar en cuenta la influencia de Paz

en su pensamiento. Fuentes dejó numerosos testimonios de la importancia que tuvo para su desarrollo como escritor la amistad con el poeta y dialogó en sus ensayos, novelas, cuentos y obras de teatro con las ideas de Paz en torno a la historia y la cultura mexicanas. No cabe duda de que su carrera literaria habría sido distinta sin el ejemplo de su colega y amigo. Puede que la ruptura que se produjo entre ambos en los años ochenta fuera inevitable, dadas las diferencias que surgieron en esa época en torno a importantes temas políticos, pero debe de haber sido una experiencia dolorosa para ambos.⁷ También llama la atención la admiración que Paz recibió de parte del círculo de intelectuales que colaboraron con él en sus iniciativas culturales. Considérese el hecho de que varios de sus colaboradores, como Fabienne Bradu, Adolfo Castañón, Christopher Domínguez Michael, Enrique Krauze y Guillermo Sheridan, han publicado libros y extensos estudios sobre él.⁸ El lanzamiento en el otoño de 2018 de un sitio electrónico dedicado de forma exclusiva a la vida y la obra del poeta y ensayista, que reúne estudios sobre su obra, selecciones de sus cartas, retratos de su persona escritas por individuos que lo conocieron, entre otros materiales, constituye un claro testimonio de la amplitud y la profundidad de su influencia en la cultura mexicana e internacional.⁹ Gabriel Zaid, quien colaboró con Paz durante varias décadas, comenta en un ensayo escrito en ocasión del centenario del nacimiento del poeta que la aparición de Paz en la cultura mexicana había sido, sencillamente, “un milagro”.¹⁰ Uno puede estar de acuerdo o no con la generosa evaluación de Zaid; de lo que no cabe duda es que sus palabras son un testimonio de la gran admiración que Paz suscitó entre muchos de los escritores que lo conocieron. Y, por último, pocos ponen en duda que el autor mexicano fue un digno ganador del premio Nobel de Literatura, galardón que obtuvo en 1990.

Paz disfrutó de la admiración de muchos; a la vez, fue blanco de innumerables críticas, y en ocasiones de un franco antagonismo de parte de otros escritores. Se han escrito libros enteros que polemizan con las ideas del poeta en torno a la literatura, la historia mexicana y, sobre todo, la política. A partir de su regreso a México a principios de los años setenta, y a medida que se volvía más y más crítico de los regímenes y las ideas de izquierda, Paz se vio involucrado una y otra vez en feroces debates con sus colegas en el mundo intelectual mexicano. La mayoría de estas polémicas se desarrollaron en periódicos y revistas de la Ciudad de México, y en ocasiones en la televisión, un medio en el que el poeta se fue sintiendo más y más cómodo, y cuyas posibilidades exploró con entusiasmo en

los años ochenta y noventa. ¿Por qué resultó tan controvertida la obra del poeta y ensayista? Sin duda, el temperamento polémico del mismo autor tuvo algo que ver con la intensidad de los debates.¹¹ No obstante, es posible señalar ciertas tendencias en el mundo cultural y político en el que se desarrolló la carrera de Paz que contribuyeron a ubicarlo en el centro de las batallas que conmovieron a la República de las Letras mexicana en las últimas décadas del siglo XX.

Para empezar, Paz fue muy influyente en su medio cultural, pero a la vez no se encontraba en sintonía con la orientación izquierdista de buena parte de los intelectuales mexicanos, sobre todo los que trabajaban en el sector académico, el cual experimentó un fuerte crecimiento a partir de los años setenta. Si agregamos el hecho de que los intelectuales mexicanos laboran en una proximidad poco común con el Estado, se vuelve comprensible que los debates hayan asumido con frecuencia un cariz excepcionalmente vehemente. Había mucho en juego, ya que las opiniones de los intelectuales tenían un efecto real en el ámbito de la política. El mismo Paz era un ejemplo de este fenómeno. El apoyo que le brindó a Carlos Salinas de Gortari, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), después de las elecciones presidenciales de 1988, elecciones cuya legitimidad fue cuestionada dada la alta probabilidad de que el gobierno haya cometido fraude, sin duda ayudó a que el candidato oficialista alcanzara la silla presidencial. Otro factor que con seguridad contribuyó a la anti patía que un sector considerable del mundo intelectual sentía por Paz fue la influencia cada vez mayor de posturas anticatólicas y antielitistas, sobre todo (paradójicamente) en la academia. A más de 25 años de la muerte del poeta, las controversias en torno a su obra y sus posturas como intelectual público todavía no se han apagado, como lo demuestran algunos ataques recientes en contra de su legado.¹² En todo caso, también vale la pena señalar que Paz logró atraer a su órbita a algunos intelectuales prominentes que por mucho tiempo se habían posicionado como opositores suyos, como Roger Bartra y Carlos Monsiváis, y que muchos de sus críticos reconocieron con gran generosidad la importancia de su obra o, como mínimo, el poder y el efecto seductor de su estilo literario.¹³

El presente libro se concentra en la obra ensayística del premio Nobel mexicano, dejando de lado su poesía. Mi intención es desarrollar varios análisis detallados de temas clave de sus ensayos. Me acerco a Paz desde una perspectiva admirativa y generosa, como se merece un autor de su estatura. Esto no quiere decir, sin embargo, que no habrá lugar para la crítica. Mi objetivo no es escribir una hagiografía del escritor, pero tam-

poco me interesa asumir el acercamiento agresivamente “desmitificador”, más cercano a la denuncia que a la crítica, que se ha generalizado entre los críticos literarios y culturales de nuestra época. Los escritos de Paz ameritan un estudio cuidadoso; al mismo tiempo, resultará productivo señalar contradicciones o puntos ciegos en su obra. Ahora bien, las duras críticas a su trabajo, sobre todo de tipo ideológico, resultan tanto injustas como exageradas; parecen malinterpretar el propósito de la literatura y de la crítica literaria y cultural. El supuesto que está en la raíz de gran parte de la crítica a Paz es que sus escritos representan más que nada un intento de conquistar el poder; de forma complementaria, estos críticos asumen que la función de la crítica es desenmascarar el deseo de dominación del autor.¹⁴

La pregunta que deberíamos hacernos es si este tipo de acercamiento no podría ser aplicado a los mismos críticos que encaran a Paz. Si la vida cultural en su totalidad gira en torno al poder y la dominación, ¿no sería lógico asumir que los críticos de Paz también están luchando por obtener el poder cultural? Si todo es explicable por el deseo de conquistar el poder, ningún producto cultural poseerá un verdadero valor. En el fondo, las críticas de este tipo se basan en una visión reduccionista y poco convincente de la literatura. Como he argumentado en otra parte, si las obras literarias no son nada más que piezas en un juego cuya meta es la autolegitimación, ¿qué sentido tiene prestarles atención?¹⁵ No hay ninguna razón para leer obras literarias si lo único que éstas ofrecen es el deseo de obtener la consagración, es decir, el poder dentro del campo literario. En este libro, me acerco a la obra ensayística de Paz presuponiendo que merece ser estudiada en sus propios términos, que hay que situarla en un amplio contexto histórico y cultural, y que un acercamiento de este tipo nos ayudará a captar la gran riqueza y complejidad de la producción del poeta mexicano. Sobra decir que esta manera de leer a Paz no implica un acuerdo automático con todo lo que dice.

Este libro se abre con dos capítulos que exploran un aspecto fundamental de la carrera literaria de Paz: su afinidad con la cultura subversiva, crítica y contestataria de la época que le tocó vivir. En el primer capítulo, titulado “Rebeldes”, me acerco al retrato de la figura del pachuco que aparece en *El laberinto*. Mi propósito es mostrar que este retrato es mucho más favorable de lo que por lo general se reconoce y que está en consonancia con cierta fascinación con la figura del rebelde, que fue un aspecto significativo de la cultura de la época y un elemento importante del pensamiento de Paz a lo largo de su carrera. El segundo, titulado “Revo-

luciones”, se centra no en el individuo que protesta en contra de un orden social injusto, sino en las grandes sublevaciones que en el transcurso del siglo XX trataron de fundar sistemas sociales y políticos completamente nuevos y más justos. El poeta mexicano fue un asiduo estudioso de tales revoluciones. Veremos que hay una bifurcación en su comprensión de este fenómeno clave de nuestra época: mientras que a una edad relativamente temprana se desilusionó de las revoluciones comunistas, sobre todo la rusa, vio la Revolución mexicana con una luz diferente, pues la celebró hasta el final de su vida como un norte para su país.

Siguen dos capítulos sobre el tema de la identidad cultural, un interés constante del poeta. Primero, analizo los escritos de Paz sobre las diferencias entre México y Estados Unidos para a continuación explorar su pensamiento en torno a la India. En “México y Estados Unidos” me enfoco en una rica y reveladora paradoja en su acercamiento a ese tema, que gira en torno a la manera en que cada uno de los dos países se relaciona con la historia. Partiendo del contraste entre procesos históricos “orgánicos” e “inorgánicos”, Paz propone que la historia de Estados Unidos se revela como un proceso natural y por lo tanto inevitable, mientras que la historia de México se caracteriza por un profundo sentido de fractura e incongruencia. Sin embargo, cuando retrata las dos sociedades que surgieron de estos complejos y contrastantes procesos históricos, resulta que la sociedad estadounidense se caracteriza por ser abstracta y maquinal, mientras que la mexicana resalta por la naturalidad con que sus ciudadanos se relacionan con el mundo. El capítulo sobre la India se centra en el análisis que desarrolla Paz del modo en que ese país asiático se ha relacionado con Occidente, así como las reflexiones del poeta sobre el tema general del contacto entre distintas culturas.

Los dos siguientes capítulos revisan el diálogo de Paz con algunas de las principales corrientes culturales y filosóficas de su época. En “Psicoanálisis”, analizo el uso que hizo Paz de ciertos modelos psicoanalíticos en sus escritos sobre la identidad nacional y muestro cómo en los años sesenta se fue acercando a los “freudianos utópicos”, en particular el pensador estadounidense Norman O. Brown. También hago un repaso de cómo se fue alejando de la visión psicoanalítica del deseo, un cambio de perspectiva especialmente visible en uno de sus últimos libros, *La llama doble. Amor y erotismo* (1995). En “Feminismo”, propongo que los escritos de Paz sobre las relaciones entre mujeres y hombres han sido con frecuencia malinterpretados. La lectura detallada de una serie de pasajes de *El laberinto* y otros textos mostrará que, al contrario de lo que afirman numero-

sas críticas feministas, el poeta no expresaba ni de lejos una perspectiva misógina. En realidad, sus opiniones sobre la construcción social del género sexuado estaban en sintonía con las ideas de Simone de Beauvoir, la pensadora feminista que fue pionera en este campo, a quien Paz cita en *El laberinto*.

En los siguientes dos capítulos exploro el tema del complejo perfil político de Paz. En “Izquierda”, analizo tres episodios clave dentro del largo y conflictivo diálogo que sostuvo con el pensamiento de izquierda. Empiezo con un repaso de su respuesta a la publicación de *Archipiélago Gulag* (1973) de Alexander Solzhenitsyn. A continuación, reviso sus reflexiones sobre la Revolución sandinista en Nicaragua y los conflictos centroamericanos de los años ochenta. Por último, comento su papel como organizador, moderador y participante en la gran reunión de intelectuales que se celebró en la Ciudad de México en agosto de 1990 con el propósito de reflexionar sobre el significado de la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Se verá que Paz se mantuvo más cercano a las ideas y los ideales de izquierda que lo que la mayoría de sus enemigos y algunos de sus amigos han querido reconocer. En “Conservadurismo”, exploro su relación con el pensamiento conservador, sobre todo en su vertiente mexicana. Me centro en dos aspectos del tema: en primer lugar, analizo la evaluación sorprendentemente favorable que desarrolla del periodo colonial en la historia mexicana; a continuación, reviso su acercamiento en los años noventa al Partido Acción Nacional (PAN). Concluyo que algunos de los motivos de este acercamiento se basan en consideraciones que no eran conservadoras en un sentido ortodoxo.

El siguiente capítulo aborda el tema del pensamiento estético de Paz. En “Teoría de la poesía”, exploro la tensión que existe en sus planteamientos teóricos entre, por un lado, la visión de la obra de arte como un ente autónomo, derivada de la tradición simbolista, y, por otro, una perspectiva muy distinta en la que el fin último de la poesía no es separarse de la vida sino fundirse con ella, en aras de una transformación profunda del mundo, un sueño que Paz compartía con los surrealistas. “Artes plásticas” también se centra en las ideas estéticas de Paz: ahí exploro la crítica que desarrolló respecto del uso del arte con fines didácticos e ideológicos, centrado en primer lugar en su revisión de la obra de los muralistas mexicanos. A continuación, examino el modo en que una serie de ensayos sobre la obra de Rufino Tamayo le sirvió para fundamentar una visión alternativa del arte en la que *no* figuraba la tarea de transmitir ningún mensaje sobre la realidad.

El último —y undécimo— capítulo de *Realidad en movimiento* ofrece un cambio de perspectiva. Paz fue una personalidad extraordinariamente cautivadora con una gran visibilidad en el mundo cultural y político mexicano durante su larga carrera; estos elementos ayudan a explicar el gran número de obras literarias en las que aparece como personaje. En “Octavio Paz, el personaje literario”, estudio lo que sin duda constituye un aspecto significativo de la recepción del Nobel mexicano en el mundo letrado: su imagen tal como aparece en las obras literarias de sus colegas escritores.

El acercamiento a los múltiples intereses de este ensayista y la diversidad de sus perspectivas como escritor nos permitirá dar cuenta de la gran riqueza y complejidad de su pensamiento. No se tratará aquí de describir ese pensamiento como algo estático e inamovible; al contrario, lo que me interesa es echar luz sobre la dimensión exploratoria de su obra, es decir, sobre cómo Paz iba modificando sus ideas, ajustándolas a nuevas circunstancias o percibiéndolas desde distintas perspectivas, y cómo interrogaba su propio pensamiento, afirmando pero a la vez dudando de sus propuestas, siempre dispuesto a volver a empezar en la búsqueda permanente de definir eso que en alguna ocasión llamó “realidad en movimiento”.